



Confederación Latinoamericana  
de Religiosos - CLAR

*Hagan todo lo que Él diga ¡Ya es la hora!*

## **A LAS RELIGIOSAS Y LOS RELIGIOSOS DEL CONTINENTE**

*Con motivo de la beatificación de los religiosos mártires Padre Rutilo Grande García, SJ y Fray Cosme Spessotto, OFM, y de los laicos Manuel Solórzano y Nelson Lemus.*

La Vida Religiosa del Continente, todas las hermanas y los hermanos dispersos por las parcelas del Reino, nos unimos al reconocimiento eclesial del testimonio martirial de cuatro hermanos nuestros, que entregaron su vida a la gente más humilde, en una época turbulenta en El Salvador, y cuyo compromiso y defensa de los más pobres fue su sentencia de muerte. Rutilo, Cosme, Manuel y Nelson vivieron los tensos y violentos años previos a la guerra civil que azotó el país durante 12 años y que dejó más de 80 mil muertos.

Esta ceremonia de beatificación ha sido esperada desde febrero de 2020, cuando el Papa Francisco aprobó el decreto que reconocía su martirio, pero que fue postergada debido a la situación de emergencia por la Covid-19. El P. Rutilo de camino a la celebración de la Eucaristía y Fray Cosme mientras oraba frente al altar mayor, recibieron la gracia del martirio. Ellos nos legaron la obligación de constatar y denunciar el dolor de los más pobres y vulnerables que sufren el flagelo de la miseria y de las injusticias. Nos obligan a escuchar el grito de la destrucción de la casa común y la “cultura del descarte” que afecta sobre todo a las mujeres, los migrantes y refugiados, los ancianos, los pueblos originarios y afrodescendientes. Nos dan lecciones para afrontar el impacto y las consecuencias de la pandemia que incrementa más las desigualdades sociales, comprometiendo incluso la seguridad alimentaria de gran parte de nuestra población. Nos hacen detener y reaccionar ante todo lo que se constituye en obstáculo para la sinodalidad a causa del clericalismo y el autoritarismo en las relaciones, que lleva a la exclusión de los laicos, de manera especial de las mujeres en las instancias de discernimiento y toma de decisiones sobre la misión de la Iglesia. En síntesis, nos confrontan ante nuestra falta de profetismo y de solidaridad efectiva con los más pobres y vulnerables.

Y, ante todo, nos llenan de esperanza al ser signos del Reino de Dios, que nos indican los senderos de la escucha y del discernimiento en el camino sinodal, como significativo espacio de encuentro y apertura para la transformación de estructuras eclesiales y sociales que permitan renovar el impulso misionero y la cercanía con los más pobres y excluidos. Nos animan a ver con esperanza la Vida Religiosa: mujeres y hombres que viviendo contracorriente dan testimonio de la buena nueva del Evangelio, recuperando nuestra vocación martirial al servicio de la vida abundante. En todo tiempo da esperanza, el testimonio de mártires y tantos defensores de los derechos humanos y de la naturaleza; la resistencia y resiliencia de los pueblos originarios y comunidades tradicionales defendiendo sus derechos, organizados y movilizados en base a sus espiritualidades.

Allí donde hay una religiosa o un religioso... allí está la CLAR, heredera de una gracia y de un compromiso anclado a lo profundo de la tierra, memoria martirial, sangre fecunda, horizonte repleto de posibilidades, buena noticia para el Continente, y este reconocimiento eclesial es estímulo y llamada a abrazar la tierra, a acoger lo humano, a encarnarse solidariamente en todo contexto en el que las/os más pobres se aferran a su porción de esperanza y luchan por su dignidad. Nuestra identidad nos impulsa a ser signo profético del Reino, nos pide volver con más pasión y continuidad al encuentro con Jesús en la vida y en su Palabra, para reconocer los signos de la *Ruah* en un permanente discernimiento evangélico y dejarnos transformar en las formas de relacionarnos, en la celebración de nuestra fe y en el servicio pastoral.



*Hagan todo lo que Él diga ¡Ya es la hora!*

Los cambios vertiginosos de la sociedad, las transformaciones que han sucedido en todos los órdenes de la realidad frente al “cambio de época”, ha incidido, sin duda alguna, en la transformación de las categorías mentales que sostuvieron durante siglos las concepciones religiosas y espirituales de las/os creyentes. También al interior de la VR ha habido cambios sustantivos. Aun así, encarnada en medio de su pueblo, ha participado de su martirio para convertirse con él en signo de la presencia de Dios y artífice de transformación personal y social en los distintos escenarios en los que ella está presente. En su minoridad, pequeñez y fragilidad, se revela el “cómo” concreto de la acción de Dios que acompaña la realidad de su gente con gestos cercanos de encuentro, reconciliación, apertura, cuidado de la vida y fiesta.

Ser discípula/o-misionera/o en la Vida Religiosa de América Latina y el Caribe, en esta hora, es hacer todo lo que Él diga, lo cual implica luchas y fatigas por vivir con sentido la propia vocación, ahondar en la espiritualidad trinitaria, caminar hacia un nuevo modo de ser Iglesia, renovar la opción por los excluidos desde una mirada contemplativa de la realidad, favorecer la ética del encuentro y del cuidado, optar por la ecología integral. Aún encontramos personas, pequeños grupos, que se organizan y se disponen a trabajar por otro mundo posible: más solidario, fraterno y sostenible. Hay y ha habido mártires, pasados y presentes, que dan su vida por el Reino. Mujeres y hombres que trabajan por una economía solidaria, sostenible y al servicio del bien común, cuya esperanza es la vida en sí misma, sostenidos por la fuerza de los valores y principios bebidos en las tinajas del bautismo y de la consagración religiosa.

La inculturación del Evangelio tiene en nuestro Continente un perfume marcadamente social y se caracteriza por una firme defensa de los derechos humanos. Los laicos mártires, como Manuel y Nelson y tantos otros, nos señalan el camino de una vida comprometida en la opción preferencial por los más pobres y en la defensa de la dignidad humana. Así, hoy la Iglesia da a la palabra mártir cuatro rostros concretos, quienes, junto a los numerosos religiosas y religiosos, de diversas Congregaciones en toda América Latina y el Caribe, y también de laicos comprometidos con la vida y con el evangelio han derramado su sangre martirial por el Reino de Dios y su justicia. Han sido místicos, profetas y mártires. Hoy seguimos escuchando el mandato de llenar las tinajas de Palabra, Vida y Profecía.

Esta Vida Religiosa martirial de América Latina se inscribe dentro de todo el numerosísimo martirologio de América Latina y el Caribe, que abarca a obispos como Romero y Angelelli, a sacerdotes, catequistas, agentes de pastoral, líderes campesinos, indígenas, mujeres, niños, ancianos, jóvenes, poblaciones enteras masacradas. Es una inmensa multitud que, como la del Apocalipsis, han blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero (Ap 7,13-14). El martirio forma parte de la historia actual de la Iglesia de América Latina y el Caribe. El Documento de Aparecida reconoce el valor del testimonio martirial en América Latina y el Caribe: “Queremos recordar el testimonio valiente de nuestros santos y santas y de quienes, aun sin haber sido canonizados, han vivido con radicalidad el Evangelio y han ofrendado su vida por Cristo, por la Iglesia y por su pueblo” (DA 98).

El ejemplo de estos hermanos y de tantas hermanas mártires, que han ofrendado su vida por el Reino de Dios en América Latina y el Caribe son una interpelación para toda la Vida Religiosa y para toda la Iglesia. ¿Somos legítimas/os compañeras/os y sucesoras/es de estas y estos mártires, somos consecuentes con su ejemplo, somos pro-seguidores de su vida? ¿Continuamos viviendo sus opciones, su radicalidad, su testimonio martirial? Hay que seguir soñando con ellas/os y como ellas/os, hay que aprender de ellas/os a gastar la vida por los demás. Como Jesús y por las mismas razones que Jesús.

Bogotá, D.C., 21 de enero de 2022  
PROT: 4.9.1-61